

EL BENEMÉRITO DE LA AMÉRICA

Benito Juárez y República Dominicana

Pablo A. Maríñez

El 11 de mayo de 1867, veintiún años antes de que ambos países establecieran relaciones diplomáticas, ante los acontecimientos que se producían en México, el Congreso Dominicano proclamó a Benito Juárez “Benemérito de la América”. En efecto, esa fue la respuesta que se dio a la moción presentada por el diputado Antonio Delfín Madrigal (1824-1889), al informar sobre las noticias que tenía acerca del triunfo que estaba obteniendo Juárez sobre las tropas interventoras en su país, días antes de que se hiciera prisionero a Maximiliano en Querétaro. Ese día, “A invitación de la Presidencia que puso de manifiesto la idéntica causa en que se hallaban México y Santo Domingo, la Cámara toda se puso de pie en honor del Presidente Juárez, aplaudiendo de este modo el triunfo de la causa Republicana en México y tomando en consideración lo propuesto por el diputado Madrigal”, se hizo la declaración que serviría de “ejemplo a las demás repúblicas hermanas que quisiesen mostrar su simpatía por la causa de la libertad de México, a la que no dudaba debía seguirse la de toda la América de uno a otro extremo”. El acta de dicha sesión del Congreso da cuenta del número de diputados asistentes, cuya mayoría gozaba de una larga trayectoria política, entre ellos varios ex secretarios de Estado, incluyendo un ex canciller.

En marzo de 1950, ochenta y tres años después de tan significativo acontecimiento, y en ocasión de celebrarse el 144 aniversario del natalicio de Benito Juárez, el Embajador de México en República Dominicana, José de Jesús Núñez Domínguez, manifestaba en la prensa local que el homenaje americano a Juárez del que se tenía mayor conocimiento era el rendido por el Congreso Nacional de Colombia, quien en decreto promulgado el 1 de mayo de 1867 declaró que el Presidente Juárez “ha merecido bien de América por la abnegación y la incontrastable perseverancia desplegada en la defensa de la independencia y libertad de su patria”, pero que “otro pueblo de América, no por pequeño menos valioso en sus manifestaciones, también lo declaró Benemérito de la América por voz de su Congreso. Ese pueblo fue el de República Dominicana, y justo me parece que este acto casi o por completo ignorado en México, sea conocido ampliamente porque revela una vez más los estrechos lazos de amistad en que han encontrado siempre eco las vicisitudes mexicanas”.

En junio de 1987, ciento veinte años después de aquella célebre declaración del Congreso Nacional de República Dominicana, la Comisión de Nomenclatura y de la Regencia de la ciudad de México decidió hacerle un reconocimiento al diputado dominicano que hiciera la propuesta, Antonio Delfín Madrigal, designando con su nombre una importante avenida en los alrededores de la Ciudad Universitaria. La

Avenida Antonio Delfín Madrigal vino a reemplazar a las que hasta ese momento se denominaban Avenida de Las Dalías y Avenida Azahares. Ese mismo día también fue designada otra avenida con el nombre de otro ilustre dominicano, mucho más reconocido en México por sus aportaciones culturales. Nos referimos a Pedro Henríquez Ureña. El hecho quizás no constituyó una noticia para la prensa mexicana, pero en cambio sí lo fue en República Dominicana, donde los principales diarios del país destacaron el homenaje, al que se trasladó una delegación presidida por el Dr. Manuel de Jesús Goico Castro, miembro de la Academia Dominicana de la Historia y presidente del Instituto Cultural Dominicano Mexicano.

Trasfondo histórico y político

¿Cómo se explica que el Congreso Dominicano aprobara la moción del diputado Antonio Delfín Madrigal, de otorgarle el título de Benemérito de la América a Juárez, cuando los dos países ni siquiera habían establecido relaciones diplomáticas? Si bien es cierto que existían algunos antecedentes que contribuirían a estrechar las relaciones, como el hecho de que José Núñez de Cáceres, prócer del primer intento de independencia de República Dominicana, en 1821, encontrara en México su segunda patria, al radicar en Tamaulipas de 1826 a 1846, lo mismo que su discípulo, el también dominicano Simón de Portes, uno de cuyos nietos, Emilio Portes Gil, llegaría a la presidencia de México a finales de la década de 1920, lo fundamental, desde nuestro punto de vista, es la coincidencia en los procesos histórico-sociales y políticos de ambos países.

República Dominicana había alcanzado su independencia el 27 de febrero de 1844, pero a diferencia de casi toda Hispanoamérica no la logra de España, sino de Haití, país que lo había ocupado durante veintidós años, de 1822 a 1844. Y República Dominicana, al igual que México, también tuvo un Santana. Nos referimos a la controversial figura del general Pedro Santana, quien ocuparía la presidencia de la República en seis oportunidades, y en 1861, diecisiete años después de su independencia, pide la anexión a España, hecho que daría lugar a un profundo movimiento nacionalista, de carácter armado, bajo el liderazgo del general Gregorio Luperón, que se conoce como la Guerra de Restauración, la cual fue lograda en 1865 con la expulsión de las tropas españolas. Por tal razón, en 1867 se encontraban en el gobierno los sectores liberales, más sensibles al nacionalismo y la defensa de la soberanía, a los cuales pertenecía el diputado Madrigal. El presidente de la República era el general José María Cabral (1819-1899), uno de los más destacados combatientes de la Guerra de Restauración, contienda en la que República

Dominicana perdió miles de hombres en la modalidad de guerra de guerrillas. Como resultado, el país quedó devastado económicamente, sobre todo en su producción agropecuaria. Pero también alrededor de dicha guerra restauradora surgió y se desarrolló el más avanzado pensamiento social dominicano, que lo llevaría a estar conectado y darle seguimiento a los hechos políticos más significativos que se producían en el continente. Eran años difíciles, pues se desarrollaba la Guerra de Secesión en Estados Unidos, la intervención francesa en México, y los intentos de España por recuperar, en algunas de sus colonias, el dominio colonial perdido décadas antes, como fue el caso del Perú.

Paralelismos y coincidencias

Así como ambos países contaron con caudillos conservadores controversiales, como Pedro Santana en República Dominicana y Antonio López de Santa Anna en México (quien por cierto vivió diez y seis meses de exilio en República Dominicana), las guerras restauradoras en estas naciones produjeron figuras históricas: Benito Juárez, el más genuino representante de la defensa de la soberanía nacional de México, y el general Gregorio Luperón, héroe de la Restauración en República Dominicana. Los dos de origen humilde, uno indígena, zapoteco; el otro, mulato, de ascendencia africana, supieron apegarse a los ideales más avanzados del pensamiento político y social de la época. El liderazgo de Juárez en México y el de Luperón en República Dominicana, así como las transformaciones políticas y sociales que ambos impulsaron, permitieron que mestizos y mulatos lograran un importante ascenso en la vida política y social de sus respectivos países.

Pero los paralelismos y coincidencias no se detienen allí. El general Porfirio Díaz, lugarteniente de Juárez, llegaría pronto al poder y establecería un gobierno autoritario por más de tres décadas, hasta 1910, en que se inicia la revolución, de la misma manera que el general Ulises Heureaux, lugarteniente de Luperón, también llegaría al poder para ejercer un gobierno dictatorial durante catorce años, primero durante dos años, de 1882 a 1884, y después durante doce años, de 1887 a 1899, en que cae abatido a balazos, dando inicio un largo periodo de inestabilidad política hasta producirse la ocupación militar de Estados Unidos, de 1916 a 1924.

En julio de 1972, una delegación de once congresistas mexicanos, encabezada por el presidente de la gran comisión de la Cámara de Senadores de México, senador Enrique Olivares Santana, visitó Santo Domingo para hacer entrega de una estatua en bronce de Benito Juárez, misma que fue colocada y develada en el recinto del Congreso Nacional Dominicano, como agradecimiento por haber otorgado el título de Benemérito de la América al insigne mexicano. Meses después, en diciembre de 1972, en la develación de la gigantesca estatua en bronce del Benemérito de la América en una plaza de Santo Domingo, el Dr. Joaquín Balaguer, entonces presidente de la República, señalaba: “Con la estatua de Don Benito Juárez,

que hoy se inaugura, ocurrirá algo parecido a lo que ocurrió con la que se erigió a Ariosto en la ciudad de Ferrara. El pequeño indio oaxaqueño, cuya estatura ha crecido hasta conquistar el derecho de figurar en la galería de los héroes verdaderamente universales, permanecerá aquí para siempre, inmutable en la serenidad del bronce y rodeado de la veneración y el cariño de este pueblo que ha visto siempre en él a uno de los más grandes ciudadanos de América, y el hombre que ha interpretado más fielmente la tradición democrática de nuestra raza, fijándola en principios jurídicos y políticos invulnerables y en instituciones imperecederas”.



En julio de 1984, doce años después de los referidos actos, el Ayuntamiento de Santo Domingo inauguraba una importante calle de la capital dominicana con el nombre de José de Jesús Núñez y Domínguez, el diplomático y embajador de México en República Dominicana en la década de 1950, quien brindó protección a los perseguidos políticos por la tiranía de Trujillo. Núñez y Domínguez fue el mismo embajador mexicano que el 21 de marzo de 1950, con motivo de la celebración del 144 aniversario del natalicio del insigne prócer Benito Juárez, publicó un artículo en la prensa dominicana intitulado “La República Dominicana fue la que proclamó a Juárez Benemérito de la América”. El Dr. José de Jesús Núñez y Domínguez había dado muestras de interés por explorar y difundir los vínculos históricos y culturales existentes entre ambos países. Precisamente, en el año 1950 publicó un libro en Santo Domingo con el título *El tapado de México y el de Santo Domingo*, que incluye dos trabajos del historiador Fray Cipriano de Utrera. A este tipo de literatura se agregaría, décadas después, el libro de Eduardo Matos Moctezuma: *El negrito poeta mexicano y el dominicano ¿realidad o fantasía?* (Editorial Porrúa, 1980) y *Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia, 1907-1914*, edición a cargo de José Luis Martínez (FCE, 1986).

Son muchos los vínculos históricos, políticos y culturales existentes entre ambos países, pero el más importante de todos es sin duda el título otorgado por el Congreso Dominicano a Don Benito Juárez, como Benemérito de la América, un 11 de mayo de 1867. ☒

Pablo A. Mariñez (Santo Domingo, 1943). Sociólogo dominicano, con estudios en Madrid y en México, país en donde reside desde 1978. Es profesor e investigador en el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Entre sus obras, pueden citarse *Agroindustria, Estado y Clases Sociales en la Era de Trujillo, 1935-1960*; *Democracia y Procesos Electorales en República Dominicana*; y *México y República Dominicana. Perspectiva histórica y contemporánea*. Es actualmente Embajador de República Dominicana en México.